

Ignacio Martínez de Pisón

Una obra inconclusa

El noventa y cinco por ciento de los atentados mortales de ETA se produjo después de la muerte de Franco. Con cada paso que España daba en la consolidación de la democracia la actividad criminal de la banda no sólo no decrecía sino que aumentaba: al frustrado golpe de Estado de 1981 respondió con el asesinato de un comisario en Deusto y a la victoria socialista de 1982 con el de un policía nacional en Vitoria. En algún momento ETA fue una organización antifranquista, pero pronto quedó claro que su único enemigo era España. Más concretamente, la democracia española.

Seis años después de su último asesinato, la prolongada persistencia de su actividad homicida sigue siendo materia de estudio. Si en los años del surgimiento de ETA la violencia todavía era considerada por algunos grupos revolucionarios una herramienta legítima para intervenir en política, muy poco tiempo después tal engendro intelectual era ya inaceptable, por lo que ETA no tardó en quedarse sola: en territorio europeo no había ninguna otra organización que siguiera matando en nombre de un ideal. ¿Cómo explicarnos que, en uno de los rincones más prósperos de la opulenta y democrática Europa, una banda de pistoleros siguiera ejerciendo la violencia política y que contara además con un apoyo considerable en unos sectores de la población que votaban disciplinadamente a sus representantes políticos y secundaban puntualmente sus convocatorias?

Entre los libros recientes que tratan de aportar luz al debate está *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*. Su autor, Gaizka Fernández Soldevilla, forma parte de una nueva generación de historiadores vascos que se esfuerzan por mantener su oficio a salvo de la contaminación de la propaganda. Algunos ejemplos de esa contaminación mencionados en el libro alcanzan extremos de auténtico sonrojo. Citaré sólo uno, el de un tal Iñaki Egaña que hasta hace poco

sostenía que el País Vasco era, "por detrás de Camboya, el segundo país del mundo en desapariciones forzadas". Sí, han leído bien: ¡los abertzales compitiendo en sufrimiento nada menos que con las víctimas de Pol Pot, que acabó con la vida de más de un millón y medio de personas, aproximadamente la cuarta parte de la población camboyana! Propagandistas como el tal Egaña son los que con sus patrañas han alimentado durante décadas la sensación de agravio. Sin su colaboración difícilmente se habría sostenido tanto tiempo la sinrazón de la violencia etarra.

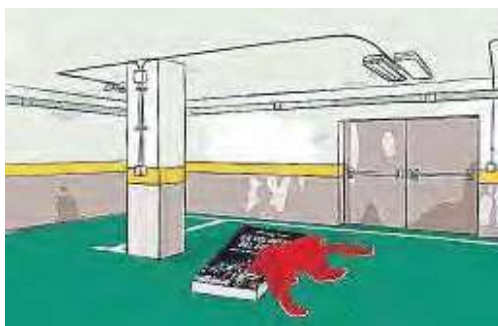
Pero ETA nunca fue un bloque monolítico. Obligada a redefinirse ante las suce-

dedica unas cuantas páginas a los exetarras que, como Yoyes, fueron "ajusticiados" por sus propios compañeros. En esas páginas cuenta también la historia de Joaquín Azaola, *Jokin*.

El comando del que *Jokin* formaba parte recibió en 1974 la orden de secuestrar al entonces príncipe Juan Carlos y su familia en la Costa Azul. El rescate que ETA pretendía pedir por ellos incluía el pago de una cantidad astronómica (entre doscientos y trescientos millones de pesetas) y la liberación de un centenar de presos etarras. *Jokin*, convencido de que Franco jamás aceptaría tales exigencias y de que habría tenido que acabar matando a los re-

henes, llegó a un pacto con la policía española para que, a cambio de que ningún miembro del comando fuera detenido, hiciera fracasar el secuestro. Eso fue lo que ocurrió, y seguramente nadie se acordaría hoy de aquel episodio si no fuera porque *Jokin* sintió la llamada de la literatura y escribió una novela inspirada en esos hechos. El libro, titulado *Los elegidos de Euzkadi*, lo publicó en 1978 bajo el seudónimo Odei Erreka. Atando cabos, sus antiguos compañeros de ETA no tardaron en descubrir su identidad (y por tanto la del traidor), y en diciembre de

ese mismo año lo asesinaron en un garaje cercano a su casa de Algorta. En el posterior comunicado de la banda se decía que la muerte de *Jokin* debía servir de advertencia para todos aquellos que creían que ETA no disponía de medios para "hacer justicia". Por supuesto, en cuanto tuve noticia de esta historia hice una rápida búsqueda por internet y compré un ejemplar de la novela. Me acordaba de la magistral *Suite francesa* de Irène Némirovsky, una novela cuya parte más importante es la que la autora no pudo escribir: su propia detención, su traslado a un campo de exterminio, su muerte. También esta novela de *Jokin*, aunque literariamente muy inferior a la de Némirovsky, era a su manera una obra inconclusa, a la espera de que unos pistoleros le pusieran un trágico punto final en un garaje. ●



IGNOT

‘Jokin’ fue asesinado por sus antiguos compañeros de ETA en un garaje cercano a su casa de Algorta

sivas encrucijadas históricas, cada nueva etapa se le presentaba acompañada de encarnizadas tensiones internas. Por la propia inercia de la violencia, que permitía estigmatizar como cobardes o traidores a los titubeantes y los escrupulosos, en esas crisis siempre acababan imponiéndose los sectores más duros. Y para esos sectores ninguna defección, cualquiera que fuera el motivo, podía quedar sin castigo. El libro de Gaizka Fernández